

# VIVIR BAJO CERO

AL LÍMITE DE LO POSIBLE EN EL INDÓMITO NORTE

TEXTO JOSÉ GABRIEL  
FOTOS MANUEL CHARLÓN

Cerca del pueblo finlandés de Enontekiö, entre abedules enanos cubiertos por la nieve y a 32 grados bajo cero, esta cabaña sirve de refugio a los escasos criadores de renos que se aventuran por estos parajes. Ni las potentes motonieves ni el moderno GPS restan dramatismo a una existencia peligrosa en medio de un paisaje desolado.

Hogar de las últimas tribus boreales del planeta, el territorio que abarca la taiga, la tundra y llega hasta el Polo Norte forma una corona alrededor de la Tierra que cubre tres continentes: Europa, Asia y América. Aquí, los contrastes son norma. Días inacabables en verano que se convierten en una noche eterna en invierno. Violentas tormentas árticas de nieve que dan paso a nubes de mosquitos hambrientos al final del deshielo. Es sin duda un lugar donde manda la naturaleza



El arqueólogo danés Povl Simonsen calificó la supervivencia humana en el lejano norte como al "límite de lo posible". Durante la mayor parte de su historia, el archipiélago de Svalbard ha existido fuera de ese límite. Ninguna civilización antigua se asentó y prosperó en él. Los vikingos no lo colonizaron y los inuit se mantuvieron siempre lejos. Incluso hoy, cuando existe un vuelo diario desde Oslo, menos de tres mil personas viven aquí todo el año, muchas de ellas empleadas en las minas de carbón.

**E**n el asentamiento finlandés de Nuorgam, por encima del paralelo 70, la temperatura es de 35 grados bajo cero, no demasiado fría para estas latitudes, y un viento constante de 75 kilómetros por hora sacude el costado derecho de la motonieve que nos lleva a lugar seguro. La pista, marcada con largas ramas de abedul enano, desaparece aquí y allá entre las dunas de nieve que la cruzan irrespetuosamente. Para evitar salirnos del camino y tener un accidente fatal, vamos tan despacio que parece que no nos movemos. De repente, a unos metros, semienterrada y difuminada por la furia de los elementos se vislumbra una cabaña de madera. Suspiramos

aliviados. Las últimas dos horas de viaje desde la desembocadura del río Tana, a medio centenar de kilómetros más al norte, han sido un constante batallar contra las masas de nieve que se abalanzan sobre el vehículo y que ocultan los palos que marcan la pista helada por la que circulamos. Junto a nuestra diminuta cabaña, en una casa más grande y moderna, vemos una pareja de ancianos que, ajenos al temporal que nos azota, nos reciben sonrientes. Son los dueños de la finca, criadores de renos al borde de una jubilación que les permitirá retirarse al soleado sur europeo. Como es de muy mala

educación preguntar cuántos renos poseen, optamos por interpelar a nuestro guía, más joven y con menos reparos a la hora de hablar de dinero. "Más de mil", nos responde tan ufano que parece que fueran suyos, "mucho dinero". El viento arrecia y preferimos postergar la charla a mañana, cuando recuperemos los grados justos que nuestro cuerpo necesita para poder mover la mandíbula. Por suerte, nuestra cabaña se temple con cuatro leños de abedul; un par de tragos de vodka casero con pan, mantequilla y carne ahumada de reno hacen el resto. Pero al mirar el reloj descubrimos que son las cinco



En la puerta de los comercios de Longyearbyen, capital de Svalbard, existen unos ganchos especiales para colgar los rifles junto a un cartel que ruega a la clientela entrar desarmada al local. Por las calles, una señal advierte del peligro de toparse con un oso polar "en todo el territorio de Svalbard". Y es que aquí hay más plantígrafos que humanos. Por eso no es solo recomendable salir armado de casa: ¡es obligatorio!



La mitología escandinava otorga a los troles (foto superior) poderes malignos. Feos, grandes y brutos, no gustan de tratar con los humanos, a los que tiran piedras desde los farallones de los fiordos. Sin embargo, a Edvard Grieg, destacado compositor noruego, le inspiraron piezas tan sublimes como *En La Gruta del Rey de la Montaña* o *La Marcha de los Troles*.

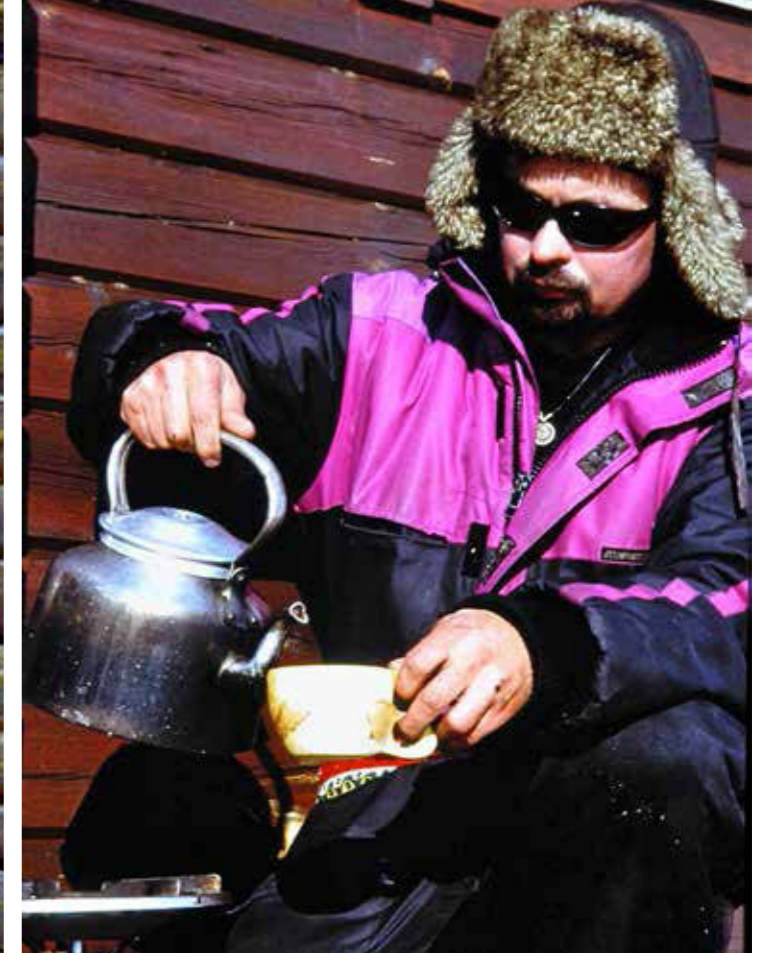
Y si los troles son repudiados, los perros de trineo (a la derecha, con un guía finlandés) son verdaderamente los mejores amigos de las personas, a las que transportan y protegen. Detectan la cercanía de un oso con la misma agudeza que una capa de hielo fina cubierta por la nieve. Son sociables y obedientes. Hasta la llegada de las motonieves fueron pieza fundamental en la cría de renos. Hoy, son parte importante de la industria turística. Visitar territorio boreal en invierno y no hacer una travesía en trineo de perros es perderse una experiencia inolvidable.



y media de la tarde –aunque afuera la oscuridad impone–, que no tenemos sueño y que las pilas de los walk-man se han descargado por el frío. “Esto es vivir bajo cero”, advierte el guía, “id preparándoos”, concluye mientras se da media vuelta en su saco de plumas y casi inmediatamente comienza a roncar.

La negritud en la que se sume nuestra humilde morada se baña de colores imaginarios gracias al viento y la nieve que sacude una pequeña lámpara exterior y a la fantasía que

genera el temor a lo desconocido. Estamos junto a la cima del mundo. El país de las sombras largas. Donde hombres y bestias son tan diferentes al resto de las latitudes que parece que hayamos cambiado de planeta. Donde el sol está bajo incluso cuando alcanza el vértice, pero en compensación no se pone hasta el otoño. Donde las fronteras las marca la naturaleza, pues el hombre no osa delimitar lo inalcanzable, y a lo largo de sus líneas artificiales viven humanos de muchas etnias, múl-



Arriba, arenques, secados y ahumados. Samuli, criador de renos sami, se calienta el cuerpo con una taza de te. Abajo, tres samis finlandeses montan una tienda o kota.



Viajar en un trineo tirado por un reno en medio de la tormenta es el pan de cada día para Aata. De igual modo, el también sami Pekka prefiere tener cerca un tronco de abedul para calentarse. Aún quedan estatuas de Lenin en la zonas residenciales rusas ubicadas junto a las minas de carbón



tiples lenguas y nombres dispares: inuits, samis, chuchkis, yupiks...

Unas cuantas vueltas en el saco más tarde, un cielo de sangre y el mar de hielo dejan entrever un pequeño espacio verdoso, cada vez más intenso y brillante. Hay silencio. Parece que Tapio, el benefactor dios de los bosques de la mitología sami, se ha impuesto sobre el maléfico Hiisi, jerifalte de los demonios Tuoni y Mana, que ayer nos escupieron viento y nieve a más no poder. En el horizonte, el espacio verde se transforma en un amanecer dorado que crece por segundos tiñendo la inmensidad congelada de un rosa que se expande con enconada obstinación y arroja larguísimas sombras detrás de todo saliente. Incluso una urraca que se acicala las alas en la rama de un abedul es tan rosa que, a primera vista, me impide reconocerla como tal. Hasta ahora, es el único ave que he podido ver

en este desierto blanco.

Samuli, el guía medio sami medio finlandés, despierta con una sonrisa en la boca. Ha dormido trece horas seguidas sin parar de roncar y, aunque la temperatura en la cabaña no debe superar los dos grados sobre cero, sale desnudo de su saco de piel de reno, abre la puerta y descarga su vejiga mientras canturrea. En pocos segundos, esos dos grados desaparecen. Por la puerta entran ráfagas de un aire que corta la respiración, como si no llevara oxígeno suficiente. Huele a ozono. El fotógrafo y yo nos miramos incrédulos a la vez que escondemos cabeza y brazos dentro del saco de plumas. Hay que reconocer que la selección natural funciona. A lo largo de milenios, el ambiente impío de estas latitudes ha eliminado los elementos frágiles e ineptos, creando una raza no sólo robusta sino también bastante inteligente. "Para dejar de tener frío hay

El cielo nocturno se inunda de verdes, azules, amarillos y carmesíes. Mientras caen o forman cortinas, varían de brillo y hasta de intensidad.

Es un enorme número de magia aunque con un truco conocido: partículas solares cargadas eléctricamente hacen brillar los gases de las altas regiones septentrionales. Pura física, pero qué importa.





En busca del rebaño de renos en primavera. El pueblo sami ha desarrollado con el reno una relación casi de simbiosis: utiliza su piel para sus kotas y abrigo, su carne y leche como comida y, antiguamente, sus huesos para utensilios

que pasar un poco de frío”, nos espeta alegre, “así la sangre circula con mayor rapidez y el cuerpo se caldea por dentro. ¡Vamos, salid de vuestras tumbas!”, chilla y el vapor que exhala su boca se convierte en una brillante lluvia de hielo.

En el otro extremo del Círculo Polar, asomado a la desvencijada ventana de su casa, Isaac Henry asiste impasible al desfile de turistas que cruza el río Yukón en dirección a Dawson city. Los colores chillones de sus prendas de gore-tex destacan sobre el entorno, blanco. En realidad, todo brilla de un modo especial sobre ese omnipresente fondo blanco. Los abetos, de tono oscuro aún no cubiertos del todo por la nieve. Alisos, abedules y sauces, ya sin hojas. Incluso el río Yukón es blanco. “Tanto blanco les marea”, asevera el viejo indio de la tribu han, alcohólico en

invierno y nostálgico en verano. Pasear por una de las contadas pistas de arena que cruzan diminutas fracciones de la taiga es un viaje de vuelta a la época en que no estábamos en lo más alto de la pirámide alimentaria. Aunque es difícil ser atacado por un oso grizzly de 150 kilos o pisoteado por una manada de caribúes que emigran a Alaska, una somera vista al terreno permite hacerse la idea del lugar al que uno ha llegado. Salvaje es lo primero que viene a la mente.

Este nunca ha sido un territorio para el hombre y nunca lo será. Los pequeños pellizcos a la naturaleza que suponen las ciudades, las carreteras o las instalaciones turísticas parecen insignificantes. La extrema dureza del entorno se hace palpable en las personas, afales pero circunspectas. Como en toda la corona helada boreal, las noches

duran meses en invierno y los días parecen semanas en primavera. Los veranos se ven repentinamente interrumpidos por aguaceros tormentosos que desbordan los ríos. Todo se confabula para generar este exuberante paraíso natural, al que sus habitantes, incluso los que han abrazado la civilización y viven refugiados en modernas casas aclimatadas, aman y respetan.

Pero son quizá los indios han –llamados primeras naciones en un tono políticamente correcto– los verdaderos dueños morales del área que circunda el río Yukón. Aunque los antropólogos no se ponen de acuerdo en cuanto a la antigüedad de los primeros asentamientos, las últimas excavaciones en la zona sugieren una edad de unos 12.500 años. Incluso se habla de que antes del deshielo ya existían grupos de cazadores-recolectores que vagaban por lo que hoy llamamos Canadá.

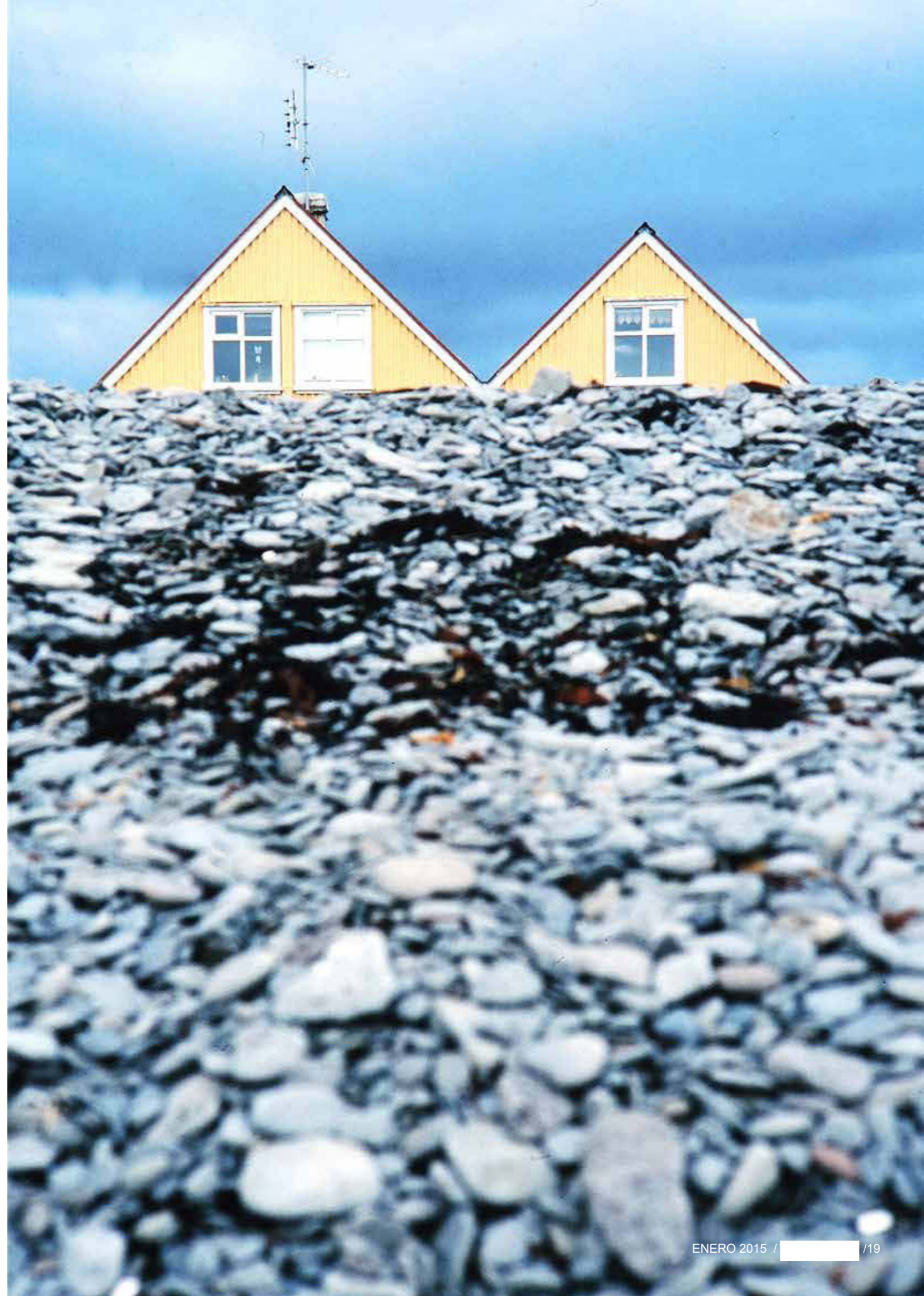
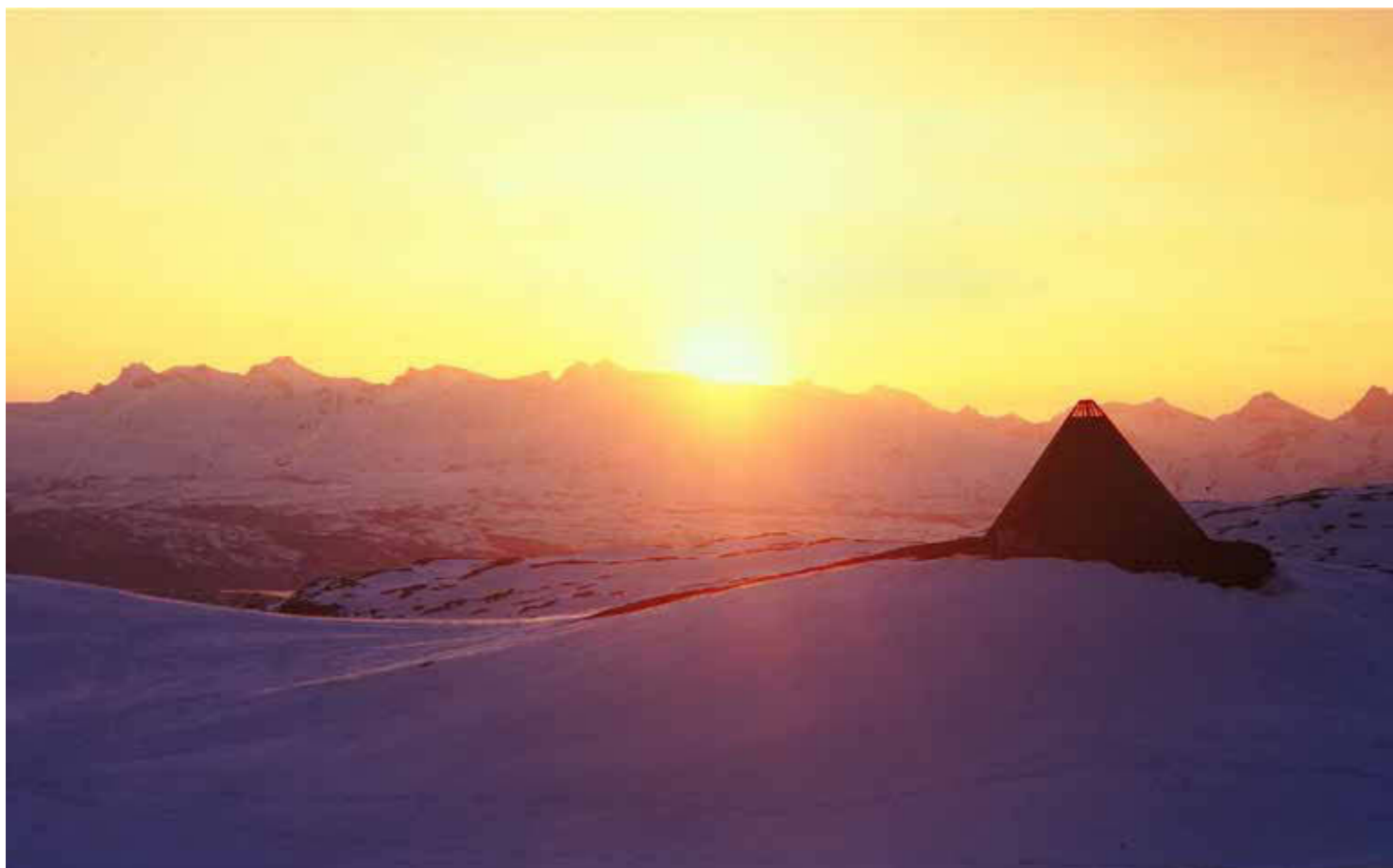
Al indio Isaac, estas tribulaciones cien-



Treinta años después de abandonar el territorio canadiense del Yukón, Robert Service, el poeta que inmortalizó la fiebre del oro del Klondike, garabateó en un papel estas líneas que hoy se conservan en el museo de su mismo nombre en Dawson: “Mientras el vapor cruzaba la desembocadura del Klondike me sentía tan triste... No sólo abandonaba Dawson, sino todo el Norte en él... Le había dado nueve años de mi vida y él había entrado en mi sangre. Me inspiró y me sostuvo, me dio fortuna y fama. Creía que podría expresar mejor que cualquiera su espíritu sagrado... Regresaré, dije. Seré honrado con el Norte. Pero ya han pasado treinta años y no he vuelto. Ahora sé que nunca lo haré.” Poco después moría triste y solo.



Cuenta la historia que los primeros pobladores llegaron de Noruega (en esta página) a Islandia (página siguiente) en el año 874. Antes de eso Islandia estaba prácticamente vacía y los únicos mamíferos terrestres eran los zorros árticos. Los colonos trajeron ovejas y llenaron estas tierras vacías de historias familiares, llamadas sagas. A la vez, la vaciaron de abedules que pasaron de cubrir una cuarta parte de la isla a menos del uno por ciento.







En una mezcla de humor y toponimia, el nombre de Longyearbyen describe lo que puede significar vivir en el archipiélago Svalbard: el lugar donde el año es muy largo. Y si los locales llaman así a su capital, por algo será. El paisaje es parco, abrupto y cruel. Más de la mitad del terreno está cubierto de hielo glaciar y menos de una décima parte tiene suficiente luz y suelo para que crezca vegetación. Pero nada de ello importa a la familia Naess. Ellos tienen sus propios problemas svalbarendes. Mientras Venke y su hermana aprovechan el buen tiempo para pasear e ir de compras con la prole, su marido, Ole Arve, rifle a la espalda, y su amigo Jan Sivert siguen las huellas de un oso polar que se ha acercado mucho a la vivienda familiar. Y es que la mitad de los tres mil osos polares de la región del mar de Barents viven en Svalbard. Todo gracias a la Corriente del Golfo, cálida a sus 5,5°C y salada lo suficiente para fomentar una excepcional proliferación de vida marina.



tíficas le son ajenas. Para él, lo políticamente correcto, si supiera lo que significa esta expresión, es llamarles Tr'ondek hwech'in (la gente del Klondike). En la puerta de una de las cuatro chozas que aún quedan en pie de lo que fuera su poblado, recuerda las historias que le contaba su abuelo hace más de cincuenta años, cuando su cara aún estaba limpia de arrugas. Issac habla pausadamente del fuego sagrado, de su peligro y su armonía, visible en todo momento y que, sin embargo, se mueve hacia la

invisibilidad. El fuego es vivo y cambiante para, finalmente, desaparecer en la muerte y renacer en una nueva vida. Representa el círculo, el camino sin fin. También narra la historia de la osa grizzly que cruzó a nado el río llevando a sus crías a ambos lados de la cabeza. La fuerte corriente le hizo perder una de ellas, que se ahogó. La osa lanzó unos rúgidos lastimeros que inundaron el bosque. Desde entonces, su pueblo sigue escuchando aquella lamentación como reflejo perpetuo de su propia queja. ●



Isaac Henry no sabe cuántos años tiene, ni siquiera recuerda bien qué comió al día anterior. Pero es capaz de pilotar con destreza una motonieve por los claros de la taiga del Yukón y aparejar su trineo de perros en un tiempo asombroso. Este indio ha sido uno de los pocos más de mil descendientes de una tribu que ha vivido en los márgenes del río Yukon desde el fin de la última glaciación. Desde su casa se atisban las cumbres nevadas de las montañas Ogilvie, donde su hijo suele pasar los cortos y fríos veranos en un tipi, una tienda de forma cónica, mientras caza y trampea.







Aunque los ojos de color marrón son genéticamente dominantes, la imagen del husky va unida a un par de ojos azules, que lucen casi blancos al reflejar la nieve. Originario de Siberia es el denominador común del universo boreal y una de las razas más antiguas del mundo. En Svalbard, el ecosistema une cielo, mar y costa. En las laderas rocosas anidas cientos de miles de aves, cuyos restos permiten crear el terreno musgoso favorito del zorro ártico. Los nutrientes llegan al mar y se convierten en alimento de anémonas y corales blandos. De las aguas llegan las focas y morsas con que se alimentan los oso polares.  
NOTA: Sugiero quitar la foto de los samis (en medio) y sustituirla por esta que adjunto de un acantilado cubierto de nidos de aves marinas.

FOTOGRAFÍA EN FRÍO



Fotografiar con temperaturas extremas es bastante complicado. Antiguamente, los carretes soportaban mejor las temperaturas bajo cero, pero actualmente las cámaras digitales suelen fallar debido a la humedad y el frío. Los circuitos y la electrónica no se llevan bien con el clima gélido boreal, pero intentaremos dar unos detalles a tener en cuenta si realizamos un viaje de estas características.

BATERÍAS

Lo primero que tenemos que tener en cuenta es las baterías de la cámara, debido al frío, se agotan con muchísima facilidad. Para evitar esto, hay que intentar tener la cámara tapada y mantenerla junto al cuerpo para que reciba el calor corporal. De igual manera actuaremos con una batería de repuesto, algo que es muy aconsejable en climas extremos. Solo cuando tengamos la foto clara es el momento de sacarla para disparar. Si utilizamos manoplas o guantes, será muy incómodo disparar, por lo que hay que intentar llevar guantes con los dedos libres. Cuando estemos comiendo o en un momento de descanso conviene sacar las pilas y meterlas en el bolsillo para que estén calientes.

LENTES INTERCAMBIABLES

Es importante intentar no cambiar de óptica, ya que tanto la nieve como el granizo o la lluvia, provocarán humedad en el interior del cuerpo de la cámara. Si no hay más remedio, es recomendable hacerlo en un lugar seguro.

Algo importante es evitar la condensación de agua en el interior de las ópticas. Esto es debido a un cambio brusco de temperatura. Si del frío intenso entramos en algún sitio templado, hay que intentar dejar la cámara en un sitio protegido (sin pilas) y no meterla con nosotros al calor. Esta acción sería fatal, puesto que el agua se condensa en las lentes y podríamos estar muchos días sin poderlas utilizar.

No olvides llevar varios limpiadores de lentes, ya que en más de una ocasión notarás que estas se empañan y tendrás de limpiarlas lo más pronto posible, en todo caso sin abrir la cámara o sacar el objetivo.

LA CÁMARA Y EL FRÍO

Para proteger la cámara del frío podemos utilizar un plástico (un gorro de ducha de los hoteles es perfecto) siempre y cuando no nos olvidemos de dejar la parte abierta para el objetivo. Incluso las cámaras profesionales, que son más resistentes, necesitan protección. Algunos sistemas hasta tienen un anillo en el objetivo para evitar que la humedad que provoca el frío penetre en el cuerpo de la cámara.

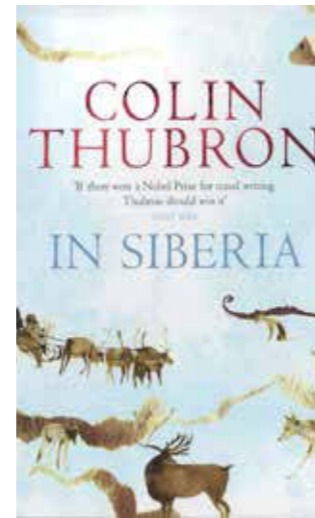
Es primordial tener cuidado con las auroras boreales, ya que pueden dañar la tarjeta de memoria. Si es muy potente, conviene sacarla de la cámara.

Con estos pequeños consejos ya estamos preparados para el gran norte.

[www.manuelcharlon.com](http://www.manuelcharlon.com)  
<https://elmundodododo.wordpress.com/>

LITERATURA RECOMENDADA

Colin Thubron  
 En Siberia (1999)  
 RBA



Para aquellos que arqueen las cejas al recordar la película, hay que mencionar que este libro habla de mucho más que de perros y trineos. Es un repaso inteligente sobre la condición humana en todo momento y toda circunstancia, pero especialmente en un entorno agreste y despiadado como es el norte de Canadá. London habla de poder y moral, de selección natural y de degeneración humana. Y habla con conocimiento de causa; será porque fue lector, marinero, vagabundo, obrero explotado y buscador de oro. La llamada de lo salvaje y Relatos de Alaska son otros de los más de 50 títulos que escribió Jack London.

Hans Ruesch  
 Iglús en la noche (1973)  
 Mondadori



En Siberia es el largo viaje que Colin Thubron lleva a cabo a finales de los años noventa a través de los territorios más inaccesibles del norte de Rusia. Con puntuales toques de humor tan característicos en los escritores británicos y con cierta arrogancia, Thubron presenta una tierra y a unos hombres que no viven en armonía, sino que sobreviven pese a su mutua desconfianza. Será por ello que algunos críticos aseguran que el poso que deja su lectura es una honda melancolía. Colin Thubron (Londres, 1939), educado en el colegio Eton, abandonó su carrera en el mundo editorial para viajar y escribir. Entre sus libros de viajes destacan también Entre rusos, El corazón perdido de Asia, que RBA publicará próximamente, y La sombra de la ruta de la seda.

Jack London  
 Colmillo blanco (1906)  
 Anaya



En esta novela nos sumergimos en la vida de una pequeña familia de esquimales polares que vive en el ambiente crudo y riguroso del techo del mundo. Ruesch, de madre italiana y padre suizo, resalta con contenida crudeza la humanidad de un pueblo que no tiene igual en el mundo y por sus páginas desfila una galería de personajes inolvidables. Cuando los esquimales toman contacto con la civilización de los blancos, surgen dramáticos conflictos donde los recién llegados salen victoriosos por la fuerza de su ciencia y de su tecnología. Pero los esquimales, con su coraje y su orgullo primitivos, se esfuerzan de forma denodada por mantener la dignidad. El bestseller El país de las sombras largas es otro texto de Ruesch sobre una familia ártica. Fue adaptado al cine en 1959.

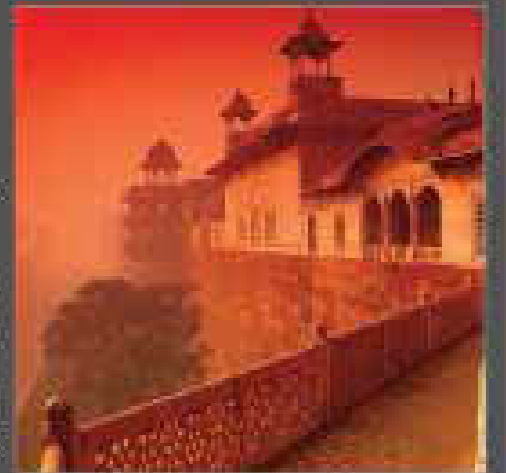


Palacios del Rajasthan  
 La magia del norte...

...Delhi, Agra, Jaipur, Jodhpur, Udaipur...

Rajasthan-la Tierra de los Reyes, es una tapicería grandiosa de camellos caminando lentamente sobre las dunas del desierto Thar. Es un caleidoscopio de hombres con turbantes vistosos, orgullosos de sus bigotes y de mujeres vestidas en ghagrais (falda tradicional) con pulseras brillantes en los pies. En el paisaje se encuentran esparcidos islas de palacios reflejándose en los lagos idílicos y azules, templos y fuertes construidos en las cumbres de la rocosa y áspera sierra Aravali.

Si hay un lugar en el mundo que combina a la perfección magia y color, pasado y presente, ese sitio es INDIA. En este país repleto de tesoros, palacios antiguos y paisajes inigualables se encuentra el estado de Rajasthan, el destino elegido por la actriz Liz Hurley y su millonario marido de origen indio, Arun Nayar, para celebrar su boda en marzo del 2007. Evocando "Las mil y una noches", y en el espectacular palacio Umaid Bhawan (hoy convertido en hotel), en Jodhpur, pocos lugares son tan increíbles como este palacio construido en los años treinta por el último marajá, un hombre que no imaginaba que los tiempos estaban a punto de cambiar tanto.



El color de la India

